

ORACIÓN

Señor Jesús resucitado, envíanos tu Espíritu que nos lleve a la verdad completa acerca de Ti y acerca de nosotros mismos.

A la verdad completa sobre el sentido de tu vida y de tu muerte.

A la verdad completa sobre el sentido de nuestras vidas, sobre el valor de lo que ponemos, de lo que gozamos, de lo que sufrimos. Porque queremos:

- amar Contigo como Tú supiste amar,
- gozar Contigo cuando toque gozar,
- sufrir Contigo cuando nos toque sufrir. AMEN.

TEXTO

MARCOS 5,21-43

«²¹Y, al cruzar **Jesús** en la barca de nuevo al otro lado, se aglomeró **mucha muchedumbre** junto a él, y él estaba junto al mar.

²²Y viene **uno de los jefes de la sinagoga**, de nombre **Jairo** y, viéndole, cae a sus pies ²³y le suplica mucho, diciendo: “Mi hijita está agonizando; ven, para que le impongas las manos para que sea curada y viva”

²⁴Y se fue con él. Y **mucha muchedumbre** le seguía y le estrujaba.

²⁵Y **una mujer**, teniendo una hemorragia desde hacía doce años, ²⁶y habiendo sufrido con muchos médicos, y habiendo gastado todo lo que tenía sin provecho alguno, sino habiendo ido más bien a peor, ²⁷oyendo [hablar] sobre **Jesús**, acercándose por detrás entre **la muchedumbre**, tocó su manto. ²⁸(Porque decía: “Si toco aunque sea su manto, seré curada”). ²⁹Y, de inmediato, se secó la fuente de su sangre y supo en su cuerpo que estaba sanada del flagelo.

³⁰Y, de inmediato, **Jesús**, conociendo el poder que había salido de él, volviéndose a **la muchedumbre**, decía: “¿Quién ha tocado mi manto?”

³¹Y le decían **sus discípulos**: “¿Ves que **la muchedumbre** te está estrujando y dices: quién me ha tocado?”

³²Y miraba alrededor para ver la que había hecho eso.

³³Pero **la mujer**, temiendo y temblando, sabiendo lo que le había pasado, fue y se postró ante él y le dijo toda la verdad.

³⁴Pero él le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y sé sanada de tu flagelo”.

³⁵Todavía estaba hablando cuando vienen [algunos] **del jefe de la sinagoga** diciendo: “Tu hija ha muerto ¿por qué molestas todavía al **Maestro**?”

³⁶Pero **Jesús**, no haciendo caso a dicha palabra, dice **al jefe de la sinagoga**: “No temas; solo cree”.

³⁷Y no dejó que nadie le acompañara, sino **Pedro, Santiago y Juan**, el hermano de Santiago. ³⁸Y van a casa del jefe de la sinagoga, y ve el alboroto y los que lloraban y los que daban muchos alaridos; ³⁹y, entrando, les dice: “¿Por qué alborotáis y lloráis? La cría no ha muerto, sino que duerme”.

⁴⁰Y se burlaban de él.

Pero él, expulsando a todos, toma consigo al padre de la cría y a la madre y a los que [iban] con él, y entra donde estaba la cría.

⁴¹Y, agarrando la mano de la cría, le dice: “Talitha koum” (que se traduce así: “Muchacha, a ti te digo, levántate”).

⁴²Y, de inmediato, la muchacha se puso en pie y echaba a andar (porque era de doce años).

Y, de inmediato, quedaron fuera de sí con gran sobrecogimiento.

⁴³Y les mandó mucho para que nadie supiera esto, y dijo que le dieran de comer».

COMENTARIO

- Después de haber exorcizado al endemoniado geraseno, Jesús cruza otra vez el mar y vuelve a la orilla judía del Mar de Galilea, donde realiza dos nuevos milagros de curación: la de una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años y la resucitación de una niña que tenía doce años, la hija de Jairo, jefe de la sinagoga.

La historia de la curación de la hija de Jairo *rodea* la narración de la curación de la hemorroísa, formando un esquema de «sándwich» típicamente marciano: comienza la historia de la hija de Jairo (5,21-24), se interrumpe por la inclusión de la historia de la hemorroísa (5,25-34) y a continuación prosigue la historia de la hija de Jairo (5,35-43). Cada una de las historias forma una unidad en sí y hay diferencias estilísticas entre ellas: la historia sobre Jairo está compuesta de sentencias cortas, dominadas por el presente histórico, mientras que la historia sobre la mujer está formada por largas sentencias llenas de participios y dominada por verbos en pasado (aoristos).

En su forma presente, las dos historias se hallan vinculadas por el vocabulario y los temas comunes. En ambos casos, los que suplican desean obtener la «salvación» (5,23.28.34) y se arrojan a los pies de Jesús (5,22.33). En ambos casos, la persona curada recibe el nombre de «hija» (5,23.34.35). Y mientras en un caso esa «hija» ha estado enferma doce años, en el otro la niña tiene doce años (5,25.42). Por otra parte, la condición de las dos mujeres que sufren resulta semejante, pues ambas se han vuelto ritualmente impuras, la una por el desarreglo menstrual, la otra por la muerte. Sin embargo, en ambos casos la impureza resulta abiertamente ignorada: en un caso por la mujer, que toca el vestido de Jesús; en el otro por Jesús, que toca el cadáver de la niña. Más aún, en ambas curaciones se menciona el temor (5,33.36) y resulta determinante la fe (5,34.36).

- 5,21-24: La petición de Jairo. Jesús vuelve a Palestina y le reciben dos de los personajes típicos con los que él suele encontrarse allí: una muchedumbre judía y un líder judío. Sin embargo, esta vez, en contra de lo que sucede habitualmente (2,6-12; 11,18; 12,12; 14,1-2), la respuesta de la multitud y la del líder no se oponen entre sí: la multitud se arremolina en torno a Jesús (5,21) y Jairo, jefe de la sinagoga, impulsado por la enfermedad mortal de su hija, se arroja a sus pies (5,22). Pero en esta historia la función de Jairo como padre resulta más importante aún que su función como líder judío; su función de padre se expresa en la petición urgente («con insistencia»), que brota del fondo de su corazón, a favor de su pequeña hija (mi hijita), la cual, a su juicio, «está agonizando» (5,23). Este padre es el primero de los tres padres/madres que pedirán a Jesús que cure a sus hijos/hijas en los próximos capítulos del evangelio (cf. 7,26-27; 9,17-24). Este motivo de los padres que tienen fe y la muestran en favor de sus hijos puede haber servido muy bien para que los lectores de la Iglesia antigua recordaran *la práctica de la oración de intercesión*.

La petición de Jairo expresa dos cosas: la urgencia de su situación y la confianza que pone en Jesús para aliviarla. Esa petición se divide en tres partes, como tres alientos de una misma respiración. En el primer segmento, Jairo describe la inminencia de la muerte de su hija, lo cual suscita el aumento de la tensión narrativa cuando después se retrase la curación. En el segundo segmento, Jairo le pide a Jesús que imponga sus manos sobre su hija, prefigurando así el tema principal de la narración en su desarrollo posterior (cf. 5,27.41). En el tercero, Jairo expresa su confianza en que Jesús puede curar a su hija, de manera que «ella sea curada y comience a vivir de nuevo» por medio de Jesús.

La palabra que aquí se emplea para «ser curada» es *sôthê*, que literalmente significa «ser salvado». Este lenguaje de salvación, que reaparece en la historia de la mujer en 5,34, tiene un sentido superficial y otro sentido teológico más profundo. El significado de la raíz de ese verbo es *rescatar de un peligro*. En su sentido superficial, esta palabra (curar y salvar) significa la recuperación respecto de una enfermedad mortal. Sin embargo, en un nivel más profundo, y de acuerdo con las expectativas de la Biblia, esta palabra (*sôthê*) evoca *la liberación escatológica*, divina, del sufrimiento al final de los tiempos (13,13.20) o del reino de los muertos (8,35; 10,26). Pronto quedará claro que en la presente situación se necesita la salvación definitiva, escatológica, pues la hija de Jairo no está en trance de morir, sino muerta.

Jesús muestra su aprobación a la petición de Jairo yendo con él (5,24) y parece que la escena está ya preparada para que suceda una curación impresionante: la gran multitud que se arremolina en torno a ellos podrá contemplar cómo la niña es recobrada para la vida, de manera que esa multitud glorificará a Jesús por realizar otro milagro más.

- 5,25-34: Pero antes de que pueda experimentar la «salvación», la hija de Jairo debe probar la muerte. La carrera para llegar hasta la hija de Jairo antes de que muera queda detenida por lo que se ha llamado «retraso atormentador». Este retraso está ocasionado por una mujer cuyos sufrimientos han sido destacados en 5,26-27 mediante *una serie de siete participios* que describen su condición, en un relato que transmite los rasgos implacables del sufrimiento de una mujer a lo largo de un período de doce años.

Con respecto a Jairo, la mujer se encuentra en el lado opuesto del espectro social, económico y religioso. Mientras que él es un hombre notable, ella es una mujer anónima; mientras que él es un oficial de sinagoga, ella es una mujer ritualmente impura y, por tanto, excluida de la comunidad religiosa; mientras que él tiene una familia y una parentela más amplia, ella probablemente debe vivir aislada a causa de su condición; mientras que él es rico, ella se ha empobrecido pagando los honorarios de los médicos. Pero ahora su suerte parece haberse invertido de pronto, pues lo que para Jairo es una pérdida de tiempo (necesario para la curación de su hija), para ella es una ganancia: la misma muchedumbre que ha ralentizado el camino de Jesús hacia el lecho de muerte de la hija de Jairo le ofrece a ella la oportunidad de ser curada. Esta conducta de ocultamiento de la mujer resulta necesaria por su estado de salud: al parecer su salud está perturbada por una pérdida vaginal crónica, que la vuelve perpetuamente impura, convirtiéndola en fuente de impureza para todos aquellos que entren en contacto físico con ella, lo cual normalmente la impedía aparecer en público.

La solución que ella elige resulta simple pero audaz: en vez de pedir a Jesús que la toque, será ella la que se acerque a tocarle a él, antes de que él sea consciente de lo que ha sucedido. Ciertamente, el momento del contacto ha quedado *gramaticalmente destacado* por el hecho de que la palabra «tocó» es el primer verbo conjugado «finito», tras una serie de siete participios. Esta palabra (tocó) recibe así una gran intensidad como clímax de toda la serie de participios.

Al realizar este contacto ilícito con Jesús, la mujer de nuestra historia desarrolla *el mismo tipo de actitud audaz y arriesgada* que mostrará la mujer sirofenicia de 7,24-30. Estas dos valerosas mujeres, la primera una judía, la segunda una gentil, forman un contrapunto «divino» frente a la impetuosidad demoníaca de Herodías y Salomé en la historia posterior de 6,17-28; Marcos parece haber yuxtapuesto deliberadamente los cuatro personajes femeninos a fin de poner de relieve las semejanzas y contrastes entre ellas.

La mujer con hemorragia toca el vestido de Jesús e inmediatamente corre a través del cuerpo de esa mujer algo parecido a una corriente eléctrica, secando «la fuente de su sangre» (5,29). A diferencia del prolongado fracaso de los médicos, que utilizando su sabiduría o sus artes fueron incapaces de curar a la mujer durante doce años, el poder divino que irrumpe y actúa a través de Jesús la cura en el acto, allí mismo. Este despliegue de la energía sanadora va inmediatamente unido al problema del contacto contaminador. En vez de que la impureza pase de la mujer a Jesús, es el poder sanador el que pasa de Jesús a la mujer. De esa manera, lo mismo que en 1,40-45, la curación exige que el sanador toque a una persona ritualmente impura, teniendo así que *transgredir* las restricciones de pureza del Levítico.

Jesús puede actuar de esa manera porque su poder de sanación se identifica con el poder de la nueva edad de Dios. Esta dimensión escatológica de la historia aquí narrada viene indicada por el uso repetido del verbo *sôzein* (salvar/curar), una palabra que en Marcos tiene una fuerte connotación escatológica.

La mujer ha experimentado en su cuerpo el poder de la nueva edad de Dios y descubre de manera instantánea que ha sido curada. La insistencia en *la percepción de la mujer* va vinculada con el énfasis en *la percepción de Jesús*. Inmediatamente después de que la mujer le haya tocado, Jesús *conoce* en sí mismo que hay un poder que ha salido de él (5,30) e inmediatamente se vuelve y mira en torno para identificar a la mujer. Tanto la pregunta siguiente de los discípulos («ves que la gente te está estrujando ¿y preguntas...?») como la descripción que hace el narrador de la búsqueda posterior de Jesús («él siguió

mirando alrededor para ver...») mantienen el flujo extraordinario del lenguaje sobre la percepción de Jesús. Más aún, la forma gramatical de la narración de Marcos sugiere que Jesús ha percibido sobrenaturalmente el género de la persona que le ha tocado (cf. 5,32).

De esa manera, en este momento crucial de la narración, el foco de atención cambia repentinamente de la percepción que los hombres tienen de Jesús a la percepción que Jesús tiene de los hombres. Lo que importa no es tanto la forma en que los hombres ven a Jesús, sino la forma en que Jesús les ve a ellos.

Jesús ignora por tanto la pregunta de los discípulos y continúa buscando ansiosamente a la persona cuya necesidad la ha llevado a buscarle y tocarle de esa forma. En este contexto resulta significativo el hecho de que Jesús «mira alrededor para ver» a la mujer, un detalle que probablemente hacía que los lectores de Marcos recordaran *la mirada de Jesús*, una mirada penetrante y sobrenatural, creadora de discípulos, tal como aparece en el conjunto del evangelio (cf. 1,16; 2,14; y también 12,34).

Aunque el texto no diga que la mujer ha respondido a esta mirada de Jesús convirtiéndose en una seguidora suya (como lo han hecho los dos pares de hermanos de Mc 1 o el publicano de Mc 2), el evangelio de Marcos ha contado este relato de tal manera que probablemente sus lectores han podido recordar su propia entrada en la fe cristiana. Con temor y temblor, conociendo lo que le ha pasado, después de un momento de duda inicial, la mujer se adelanta, arrojándose a los pies de Jesús, y le cuenta «toda la verdad» (5,33). La situación es probablemente semejante a la de muchos cristianos de Marcos: también son conscientes de que en ellos «se ha realizado un milagro» y de que ya nunca podrán ser lo que habían sido antes. Se encuentran impulsados, por tanto, a superar su timidez, a demostrar su devoción por Jesús y a decir «toda la verdad». El ejemplo de la mujer puede funcionar como una palabra de ánimo, para que los miembros de la comunidad marcana *profesen con valentía su fe* y no se vuelvan atrás por miedo a las consecuencias que ella implica. Como sabemos por textos como Mc 6,38 y 13,9-13, las consecuencias que brotaban de confesar la fe podían ser duras, incluyendo el juicio y la condena a muerte. Debía existir una fuerte tentación de ocultar la propia vinculación con Jesús, como hará el mismo Pedro más tarde en el evangelio (14,53-72). El hecho de que la frase «toda la verdad» sea propia de un contexto judicial hace que tengamos que leer esta experiencia de la mujer en un «doble nivel»: confesión del milagro y confesión de la fe cristiana.

Este doble nivel de lectura queda también apoyado por la conclusión de esta parte del relato, en la que Jesús vuelve a dar seguridad a la mujer, a la que llama «hija», diciéndole que su fe la ha salvado y que vaya en paz (5,34). En el contexto de Marcos esta palabra («tu fe te ha salvado, vete en paz») constituye un tipo de bendición e implica que la mujer se ha convertido en *parte de una nueva familia* que se sitúa en torno a Jesús y cuyos miembros están conectados con él mediante el cumplimiento de la voluntad de Dios (3,35; cf. 10,28-30).

Más aún, «tu fe te ha salvado» constituye probablemente una *fórmula bautismal*. Según eso, al escuchar la bendición final de Jesús, los lectores de Marcos podrían recordar muy bien el tiempo en que su propia fe les «salvó» del mundo de la muerte y les colocó en el camino que conduce al *shalom* escatológico (que es paz, plenitud). Así, la historia de la mujer con desorden menstrual se presenta como su propia historia.

- 5,35-43: Pero el episodio que acabamos de explicar parece haber producido una *consecuencia trágica*. Ya al llegar a la pregunta de 5,30, los lectores pueden sentirse preocupados por la suerte de la hija de Jairo: si el poder sanador de Jesús ha salido ya de él y así ha curado a la mujer, ¿cómo podrá ser capaz de curar a la niña de su enfermedad mortal? Y ahora se añade un problema aún mayor: vienen unos mensajeros de la casa de Jairo e informan al jefe de la sinagoga que, mientras Jesús ha estado buscando a la mujer, para encontrarla y conversar con ella, la hija de Jairo ha muerto (5,35).

Cuando Jairo elevó su petición de ayuda, había todavía una razón para la esperanza; ahora parece que no queda ninguna. El contraste es muy duro: el tiempo de la prisa para la curación ha pasado; ahora es momento para llamar a los plañideros profesionales. Por eso, los mensajeros añaden cruelmente: «¿Por qué sigues molestando todavía al Maestro?». Así, la muerte de la muchacha plantea un fuerte reto contra la credibilidad de Jesús. Por eso, los lectores se preguntarán: ¿Por qué ha gastado su tiempo con una mujer cuya enfermedad no era grave, permitiendo así que la joven muchacha muriera? Por

desgracia, en este mundo suele suceder que una persona reciba beneficios a expensas de otros. Pero en el reino de Dios prevalece *una lógica distinta*, según la cual lo que es bueno para una persona también es bueno para sus prójimos. Si una mujer ha sido liberada de una aflicción que la había torturado durante doce años, esto no significa que la vida de la niña deba terminar a la edad de doce años. También ella puede ser curada, pues hay suficiente poder escatológico de sanación para todos.

De acuerdo con la promesa implícita en la palabra «Maestro», Jesús le pide a Jairo que confíe en su poder vivificante, incluso en el momento en que el anuncio de la muerte de su hija le está sacudiendo con más fuerza, precisamente el momento en que el mismo Jesús ignora el mensaje de los que le dicen que la paciente ha muerto. Los dos hombres (Jairo y Jesús) siguen caminando hacia la casa donde yace la niña muerta. Mientras avanzan, *va disminuyendo progresivamente el grupo* que les rodea. Este tipo de reducción de la audiencia para un milagro está atestiguada, además de en el evangelio de Marcos (cf. 7,33; 8,23), en otros lugares del Nuevo Testamento (Hch 9,40) y del Antiguo (cf. 1Re 7,19; 2 Re 4,33). Jesús deja a la multitud atrás cuando entra con Jairo al lugar de la muerte (donde está la muerte) y solo toma consigo a tres de sus discípulos, a los «tres grandes»: Pedro, Santiago y Juan (5,37). Estos son los mismos tres seguidores a quienes se les ofrecerá un anticipo de la gloria de la resurrección de Jesús en la transfiguración (9,2), pero también los llamados para compartir el sufrimiento de Jesús en Getsemaní (14,33). Así, la resurrección de la hija muerta de Jairo está implícitamente relacionada con la muerte y resurrección del mismo Jesús. Llegando a la casa de Jairo, Jesús repara en la actitud de los plañideros que lloran por la niña fallecida (5,38). Pero él no interpreta la situación como lo hacen ellos; en lugar de eso, Jesús interviene con valentía en la situación (cf. el «entrando», que tiene un sentido enfático) y pronuncia una sentencia cargada de significado, que parece contradecir lo que todos los presentes ven: «¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no ha muerto, sino que está durmiendo». Esta afirmación utiliza una metáfora que es común en el Antiguo Testamento, en el judaísmo y en el Nuevo Testamento, y que muestra la muerte como una especie de sueño.

Eso significa que *la muerte no es el final de la vida*, sino un estado de *interin* y esperanza antes de la resurrección definitiva al final de los tiempos (cf. Dn 12,2; 1Co 15,6; 1Ts 5,10). A la vista del acontecimiento escatológico, que está empezando a penetrar en el tiempo presente, la muerte ya no aparece como última realidad, sino como *la penúltima*.

Pero esa afirmación de Jesús, cuando afirma que la niña solo está durmiendo, es recibida con risas por los plañideros profesionales, que son los expertos en la muerte (Mc 5,40a). Ellos saben bien que la niña está muerta y que los muertos no vuelven a la vida. Este escepticismo puede reflejar el de algunas personas del entorno de Marcos. La fe de los primeros cristianos en la resurrección suscitaba perplejidad en sus contemporáneos, dado que muchos tenían serias dudas sobre la vida que viene después de la muerte, y aquellos que la aceptaban se inclinaban a entenderla como inmortalidad del alma más que como resurrección del cuerpo. De acuerdo con eso, es normal que Pablo instruya a los tesalonicenses sobre «aquellos que han dormido», es decir, aquellos que han muerto (véase la semejanza de vocabulario con nuestro pasaje, hablando de «dormir»), vinculando su resurrección inminente con la resurrección que ya se ha cumplido en Cristo y poniendo de relieve la oposición entre la confianza de quienes creen en la resurrección y la falta de certeza de «aquellos que no tienen esperanza» (1Ts 4,13-14). Ciertamente, la fe cristiana en la resurrección pudo parecer ridícula para los de fuera (cf. Hch 17,32). Pues bien, esta percepción del ridículo puede reflejarse para los lectores de Marcos en la reacción de los plañideros que ríen ante la afirmación de Jesús cuando dice que la niña solo está dormida.

Resulta conveniente que esta imagen de falta de fe desaparezca antes de que se realice el milagro de la resurrección. Así, Jesús expulsa a los plañideros de la casa, quedando solo él, los tres discípulos y los padres de la niña para *ser testigos* del acto final del drama. La palabra que se usa aquí para la expulsión de los demás (*ekbalon*) es un verbo fuerte que en el conjunto del evangelio indica la expulsión de los demonios (Mc 1,34; 3,15.23, etc.). Marcos puede estar indicando así que los milagros de curación de Jesús forman parte de su lucha escatológica contra los poderes demoníacos, incluyendo «el último enemigo» que es la muerte (cf. 1Co 15,26).

La expulsión de la audiencia que forma el resto de las personas, representadas por los plañideros, aumenta la *sensación de misterio y drama* de la historia; esta sensación va creciendo a medida que nos

aproximamos al lugar terrible donde se ha instalado la muerte. La noticia de la muerte de la niña ha llegado primero hasta los protagonistas (Jesús y el padre de la niña) cuando todavía estaban lejos de la casa (5,35). Un poco más tarde, llegaron (*erchontai*) al lugar y vieron las actividades de los plañideros, al parecer, desde fuera (5,38). Después, entraron en la casa (*eiselthon*) y hablaron con los plañideros (5,39-40a). Ahora un grupo más pequeño entra (*eisporeuetai*) en la habitación donde yace la niña muerta (5,40b). El énfasis que se va poniendo en esta disminución progresiva del grupo subraya el hecho de que la curación acontece en un lugar oculto y aumenta la tensión, hasta el momento de ruptura final.

La tensión desaparece en *un estallido de luz*. Jesús entra en la habitación y lanza su ataque contra la muerte, tomando a la niña muerta de la mano y mandándole que se levante (5,40b-41). Jesús le habla como si ella estuviera viva -¡y presta atención: está viva!-. Igual que en la «resurrección» de Lázaro en Jn 11,3, la llamada personal de Jesús hace que aquel que dormía (estaba muerto) vuelva de nuevo a la vida desde el reino de la muerte.

La impresión que producen las palabras de Jesús aumenta por el hecho de que aparecen en el idioma original, en arameo. La traducción de esas palabras al griego añade también un elemento final de bello suspense dentro de esta larga y misteriosa historia. Pero el suspense queda rápidamente superado: la niña se levanta de inmediato y comienza a caminar de un lado a otro, como si hubiera sido sacada del reino de la muerte y reintroducida en el país de la vida gracias a la mano de Jesús que la agarra, como mano de un nuevo Orfeo (5, 42a).

Marcos desea, sin duda, que sus lectores vinculen esta resurrección de la niña con la resurrección del propio Jesús. Jesús le dice a la niña que se «levante» (*egeire*), la misma palabra con la que se dirá que Jesús ha sido «levantado» de la muerte (*êgerthê*, 16,6). Por otra parte, la niña resucitó «se puso en pie» (*anestê*), lo mismo que él resucitará o se pondrá en pie (*anastêsetai*) venciendo a la muerte después de tres días (8,31; 9,31; 10,34).

La relación entre nuestra historia de «resurrección» de una niña muerta y la de la resurrección del propio Jesús ayuda a explicar el mandato final de silencio (5,43). En efecto, si la resurrección de la hija de Jairo anticipa la de Jesús, esta curación resulta en cierto sentido prematura, debe permanecer en secreto hasta que Jesús mismo haya resucitado. Pero la reacción a esta acción de Jesús no será la que se podía esperar: en el próximo pasaje los mismos paisanos de Jesús lo rechazarán, no *a pesar* de las maravillas que él ha realizado, sino precisamente *a causa de ellas*.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza